

Edipo en las distintas crisis y etapas de su vida*

*Mercedes Freire de Garbarino***

*Irene Maggi de Macedo****

*Carmen Medici de Steiner*****

Resumen

Al entrelazarse el mito de Edipo con las tragedias sofocleanas Edipo Rey y Edipo en Colono, dentro de la perspectiva de la teoría de las variancias e invariancias de W.R. Bion, se logró introducir una serie de transformaciones en la comprensión de la temática edípica que provocan un alejamiento del clásico abordaje psicoanalítico.

Dentro de esta línea de investigación se configuró una hipotética historia fragmentada de la vida del personaje en sus vicisitudes como hombre.

Al introducir, tal cual aparecen en las narrativas, datos de las distintas etapas y crisis de su vida, se incursionó, supuestamente, en tres de sus ciclos vitales: niñez, adolescencia y vejez, más allá de las lagunas de los relatos. Al sustentarnos en la teoría de las transformaciones, tal abordaje significó descentrarlo, ficticiamente, de su conocido sitio como epicentro del conflicto nuclear de la sexualidad en la normalidad y en la neurosis.

Summary

When we put together the Oedipus' myth with Sophocles' tragedies: King Oedipus and Oedipus at Colono under the perspective of W.R. Bion's theory about variations and unvariations, it is possible to introduce a serie of transformations in the comprehension of the oedipal theme which promote a different approach to the classic psychoanalytic

* Relato oficial de la APU al XX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Lima, Perú, octubre de 1994. «Masculinidad-Femineidad».

** Miembro Titular APU. Br. Artigas 1339, 11200. Montevideo, Uruguay.

*** Miembro Titular APU. Av. Dr. Francisco Soca 1247, 11300 Montevideo,

**** Uruguay. Miembro Titular APU. Br. España 2543, 11300 Montevideo -Uruguay.

view.

Following this investigation line we configured an hypothetic, fragmentary history of the personage's life, in his main vicissitudes.

We introduced facts from different moments and crisis of his life, as they appear in the narratives; and went through three of his vital *cycles*: childhood, adolescence and old age.

We based our work on the transformations' theory, so we should fictitiously decenter Oedipus from his well known place as the epicenter of the nuclear conflict of sexuality, in normality and neurosis.

Descriptores: **MITO EDIPICO / TRAGEDIA / EDIPO / NIÑEZ
ADOLESCENCIA / TERCERA EDAD**

Entre múltiples propuestas conceptuales que explican cómo el contenido, uso y abordaje de los mitos y las tragedias pueden promover consideraciones divergentes (desde distintas y en una misma disciplina), tomamos una de W. R. Bion. En su libro **Transformaciones. Del aprendizaje al crecimiento** (1965), maneja las nociones de variancia e invariancia, conceptos válidos para aproximar un entendimiento a la metodología y sustento de nuestra presentación: todo mito o narrativa sometida a una lectura queda expuesta a múltiples variancias e invariancias que, a su vez, facilitarán el despliegue de transformaciones en la comprensión de sus contenidos.

Existen elementos que se repiten, aparentemente, sin variaciones y que parecen mantener una determinada inmovilidad; sin embargo, si se profundizan, se aprecia que no siempre son iguales: los elementos invariantes siempre están impregnados de variantes. Por otra parte, como ningún elemento puede ser entendido si no es en relación con otros elementos y es imposible aislarlo sin crear distorsiones, durante la comprensión de una lectura, se acentúan y despliegan una serie de variancias. Al igual que las letras del alfabeto, para alcanzar una palabra tienen que transitar por una modificación, hasta lograr una combinación; los elementos de una narrativa, al ser extraídos y nuevamente ligados serán transformados y configurarán una nueva combinación (método deductivo científico).

Con respecto al mito y a la tragedia de Edipo, lo significativo es: a pesar de que se produzcan una o múltiples variancias, el mito y la tragedia de Edipo mantienen algo de

lo invariante que permite identificarlo más allá de las transformaciones. Por ejemplo, si bien una época, cultura o sociedad, suscitan variancias en sus versiones su esencia es inconfundible.

Dentro de estas estructuras literarias existe una invariancia a destacar, la temporalidad. Los mitos y las tragedias tienen la magia del ahora: la de ser una construcción presente y actual. El presente, el pasado y el futuro quedan, generalmente, atrapados en un punto crucial que los eterniza en el ahora. Paradójicamente, a la vez que lo poseen, carecen del tiempo lineal.

Ahora bien, si nos aproximamos al contenido del mito y la tragedia de Edipo desde la antropología estructural, y nos apegamos a Levi Strauss, para quien las relaciones entre los símbolos míticos se corresponden, en cierto sentido, con las relaciones entre los hombres, tenemos que «entre las instituciones y los objetos naturales y culturales en el mundo real (...) existe un nivel privilegiado de significados» (Kirk, G.S., 1970, p. 99). Ahora, si introducimos la figura de Edipo junto al pensamiento de Levi Strauss y a la noción de variancia e invariancia es posible observar que este personaje promueve en relación con los símbolos, los hombres, la familia, las sociedades y la cultura, una serie de transformaciones.

Introducción

Una comprensión contemporánea del mito de Edipo con las tragedias Edipo Rey (429 AC) y Edipo en Colono (416 AC), relacionada con la teoría de las variancias e invariancias, permite introducir un conjunto de transformaciones que nos alejan de la clásica lectura psicoanalítica.

En esta línea de investigación se alcanzó un hipotético abordaje secuencial de las tragedias sofocleas, más allá de las fracturas del relato. Al destacar determinados datos y detalles del existir del conocido personaje nos introducimos en algunas de sus etapas vitales y crisis hasta configurar una historia fragmentada de su vida.

Al indagar peculiaridades de su personalidad, masculinidad, vínculos e inserción genealógica, dentro de un pretendido orden evolutivo, hemos exaltado más su dimensión de hombre como niño, adolescente y viejo, y no tanto su conocida dimensión de epicentro del conflicto nuclear de la sexualidad en la normalidad y en la neurosis.

Una narrativa de Edipo al interconectar el mito y la tragedia

Edipo pertenecía a la familia de los Labdácidas. Hijo de reyes tebanos, su nacimiento estaba precedido y marcado por una maldición generada hacia su padre Layo quien, en

su juventud, (según algunas tradiciones), había amado y pervertido al hijo del rey de Pisa. Sancionado por los dioses, recayó sobre Layo una anatema: el hijo que naciera de su unión con Yocasta lo mataría. Por tal motivo, repudió a Yocasta sin darle nunca una explicación. Esta conducta fue vivida por ella como una gran *ofensa* y, como venganza, mañosamente logró emborracharlo y procrear un hijo con él. En *Edipo Rey*, se complementa la información: nacido en el palacio de Tebas, a los tres días su padre le perforó los tobillos y, atravesándoselos con correas, le ató los pies.

Lo que ocurrió a continuación varía según las versiones. En una, es Yocasta la que da al niño. En otras, es Layo, y según otras, son ambos los que entregan al niño a un servidor—pastor en las habitaciones de la casa real. El criado, conocedor de esas tierras, debía arrojar al pequeño en un intransitable monte cercano, a las cañadas de Citerón. Compadecido, no cumple con el mandato y se lo confía a un pastor corintio, con la seguridad de que el pequeño viviría en tierras lejanas y extrañas. El pastor que lo recibe, conocía a un matrimonio, los venerables reyes de Corinto, Pólipo y Mérope, quienes no podían engendrar hijos y decide entregárselo. Edipo fue el nombre elegido por el pastor corintio porque sus pies estaban deformados debido a la hinchazón que le habían provocado las ataduras en los tobillos (Edipo, en griego, significa «pie hinchado»).

Edipo alcanza su adolescencia y juventud junto a sus padres adoptivos. Tanto su infancia como su adolescencia fueron períodos felices. Se trataba de un niño hermoso, parecido fisonómicamente a Layo. Criado con cuidado y afecto, fue tan querido por los suyos como por el pueblo, que lo veía como el natural sucesor futuro de Pólipo por sus virtudes y talento.

En su adolescencia, durante un banquete, un labriego ebrio le revela que no era hijo biológico de los que hasta ese momento había conocido como sus padres. Dolorido y urgido por encontrar la verdad de sus orígenes, parte hacia el altar profético de Delfos para preguntarle al oráculo. La pitonisa le responde que entre las desventuras que vivirá, estará la de casarse con su madre y matar a su padre. Atormentado, se aleja de Pólipo y Mérope, convencido que de este modo evitaría las atrocidades escuchadas.

Después de alejarse de Delfos, en un lugar donde el camino se trifurca, Edipo mata a Layo. Posteriormente, le responde a una monstruosa Esfinge (cabeza de mujer, cuerpo de león, cola de serpiente, alas de águila), los conocidos enigmas que, de acuerdo a las versiones, eran planteados siempre juntos por la terrible figura a los habitantes de Tebas, devorando a los que no sabían responderle.

Los acertijos son: «¿Cuáles son las dos hermanas que se engrendran mutuamente?» y «¿Quién es el ser que anda unas veces en dos patas, otras veces en tres, otras en cuatro y

que es más débil cuanto más patas tiene?». (Grimal, p. 180).

La respuesta al primero de los enigmas es el Día y la Noche. En el contenido de la pregunta y la respuesta hay ya anunciadores de esa idea que tanto Sófocles como el psicoanálisis han desarrollado intensamente. Nos referimos al incesto: si una hermana puede generar a otra hermana es porque ambas han sido fecundadas por el mismo hombre, el padre, (no enfocamos nuestra investigación desde el ángulo del hermafroditismo).

La respuesta al segundo de los enigmas es el Hombre. El mito y la tragedia tienen la virtud de representar y anunciar en este acertijo la otra gran temática del ser humano: el hombre en su temporalidad, en el decurso de los años y en la transitoriedad de la existencia. Se deja la atemporalidad de los dioses y se presentifica la temporalidad humana. El segundo enigma posee, además, el don de incluirla metamorfosis del cuerpo en tres de las etapas significativas de la vida: niñez, adolescencia y vejez.

Triunfante por haber podido vencer a la Esfinge, y de ese modo salvar a Tebas de sus desastres, llega a la ciudad. Allí, como mérito, puede casarse con la viuda Yocasta.

Es el momento máximo en que la tragedia aúna lo placentero con lo siniestro.

De la unión, nacieron sus cuatro hermanos—hijos: Antígona, Ismena, Polinices y Eteocles que presentan, a lo largo de las tragedias, rasgos de personalidad marcadamente diferenciales.

Aparentemente, la felicidad acompañó a la familia hasta que una peste azotó la ciudad. Era el castigo que los dioses infligían a los ciudadanos de Tebas por no haber ubicado y condenado al asesino del rey Layo.

La literatura griega sitúa aquí el origen de la tragedia. Sófocles escribió la historia de Edipo hace aproximadamente 2500 años, cuando estaba transitando la década de sus 60 años. Posteriormente sobre la base del mito de Edipo, construyó la trilogía conocida como el ciclo épico tebano, configurado por Edipo Rey, Edipo en Colono y Antígona, que termina aparentemente a sus 80 años.

A continuación, analizaremos hipotéticamente a Edipo de un modo cronológico, en tres de sus etapas vitales: niñez, adolescencia y vejez, apuntalándonos en las concesiones que posibilita el psicoanálisis aplicado.

Edipo niño

Si bien los detalles de la vida de Edipo niño aparecen menos explicitados en los mitos que en las tragedias helénicas, al entrelazar los contenidos de ambos relatos es posible

establecer supuestos aspectos biográficos del niño divino y del niño profano.

C. Kerényi (*Essays on a science of mythology*, 1985, *The primordial child in primordial times*), dice que los niños de los mitos son representantes de los niños primordiales, incluyendo entre ellos a Apolo, Zeus, Hermes, Dionisio y otros. La grandiosidad que manifiestan está precedida y marcada por los padres biológicos, quienes, en general, los abandonan y dejan expuestos a las furias del destino. Se distinguen porque logran emerger de circunstancias adversas de una manera extraordinaria y milagrosa. Este halo de magia contiene en su substrato algo fatídico: están condenados a ser brutalmente tratados o morir asesinados. Todos ellos conjugan al unísono la eternidad y la perentoriedad.

C.G. Jung (1985, *The psychology of the child archetyp*, idem.), vincula las figuras de Edipo, Moisés y Jesucristo con los niños divinos y agrega que, por su naturaleza sexual no diferenciada, y orillar entre lo femenino y masculino, deben ser observados desde el hermafroditismo y no desde lo masculino. Nuestro objetivo será, sin embargo, resaltar al niño profano, terrenal y masculino, sin eludir al niño sagrado, venerado y hermafrodita, ya que existen pasajes donde las peculiaridades de ambos niños quedan condensadas. Su nacimiento, tomemos por caso, tiene más las características de los niños divinos que de los niños profanos: por su ascendencia real podría haber vivido rodeado de grandeza y poder y por su ascendencia fatídica estaba destinado a ser abandonado.

Encontramos que uno de los modos de abordar la niñez de Edipo como niño profano es investigando las distintas marcas o huellas que aparecen desde los orígenes de su vida.

Múltiples marcas signan su ser desde su cuna: en su existir, la marca de una maldición; en su **genealogía**, la marca de la realeza; en su **familia biológica**, la marca de una interacción temprana breve y cruel; en su **familia no biológica**, la marca de una interacción aparentemente adecuada, catectizado narcisísticamente por sus figuras parentales hasta experimentar la desilusión y el horror cuando se enteró de sus orígenes; en su psiquismo, la marca de los traumas y del conflicto entre el saber y el no saber o entre la verdad y la no verdad; en **el cuerpo**, la marca infligida en sus tobillos.

Abordaremos la marca de la maldición y la marca del cuerpo.

La marca de la maldición, limitó su existir al ubicarlo dentro de los niños no deseados por la pareja parental, pasible de ser maltratado, abandonado o asesinado. Un nacimiento que, por sus nefastas premoniciones, hizo zozobrar intensamente el

equilibrio de sus progenitores y los precipitó en una situación de crisis patológica (dificultad en encontrar pensamientos, decisiones y cambios adecuados).

Los estudios psicoanalíticos de niños maltratados y abandonados muestran que la madre, el padre o ambos, han sido violentamente tratados y desamparados durante su infancia y adolescencia. La carencia emocional y material a la que exponen a sus hijos constituyen proyecciones o actuaciones de las fallas vividas en su propio ser y envoltura familiar.

En esta línea, Layo agrediría a Edipo como él fue agredido por el anatema o padre siniestro. En tal sentido, cabría preguntarse si cuando Layo planea la muerte del pequeño lactante, ¿busca matar al hijo temido o al padre destructivo? (simbolizado en la maldición).

Estas conjeturas permiten esbozar un análisis de la maldición perfilándolas desde la masculinidad. Es una construcción fatal creada por hombres y para hombres (la mujer recibe, secundariamente, sus consecuencias). Fue generada por un hombre (rey de Pisa) a causa de su hijo para castigar a otro hombre (Layo), asegurándole que el varón que él engendrara lo mataría (Edipo). De este modo, en la línea de la masculinidad, la maldición comenzó por vengar a un hijo, y la venganza continuó a través de otro hijo.

La marca en el cuerpo desde Layo. El hecho de agujerear y ligar los pies de Edipo ilustraría, entre otras hipótesis, un fenómeno de identificación proyectiva patológica. Layo maltrata el cuerpo del infante al igual que la amago ha maltratado su existir. Agrede al aún latente pero potencial criminal, y le infiere la angustia y el trauma de su vivir, su virilidad coartada y su masculinidad narcisísticamente dañada.

Simbólicamente, a Layo también le marcaron su cuerpo: las palabras del anatema le marcaron su cuerpo al maniatarle el goce, la sexualidad y la procreatividad. En la medida que la integración de estos tres componentes son decisivos para alcanzar la masculinidad normal, una falla en la integración de los mismos conduce a los individuos a vivenciar severas perturbaciones en el logro de la misma.

En otros términos, las palabras del anatema sumergieron a Layo en el terror de la amenaza de castración, de la amenaza de muerte y de la amenaza del fracaso de su masculinidad. Al macerar el cuerpo de su hijo se resarcía de todas estas amenazas al tiempo que comenzaba a macerar a Edipo en su masculinidad.

La marca en el cuerpo de Edipo permite otro entendimiento. Una de las maneras de marcar simbólicamente a un hijo es dándole un nombre. A través del mismo, los padres le permiten acceder a una genealogía, a la sociedad y a la cultura. Sus progenitores no lo marcaron con un nombre, sino que le marcaron el cuerpo. De este modo no lo

introdujeron en una genealogía sino que lo fijaron en un curso siniestro.

Con esta marca Edipo fue hacia el destierro, a otra familia, a la adopción, a otra línea generacional. Pasó de ser un niño corporalmente maltratado y expulsado a ser un niño corporalmente amado y cuidado para ser, nuevamente, en los años venideros, maltratado y expulsado.

Sin proponérselo, Layo y Yocasta estaban agregándole junto al enigma de los orígenes de la vida, el enigma generacional que viviría, a través de diferentes crisis en las subsiguientes etapas de su existir.

Edipo adolescente¹

De la narrativa mítica nos trasladamos a la acción del texto trágico. Para el espectador griego se exigía una nueva forma de comunicación, pues el énfasis estaba puesto en el modo de expresión visual, dejando formas tradicionales de transmisión de mitos y leyendas. El espectador se enfrenta a la acción escénica².

El joven héroe se debate en una profunda crisis³, que podemos comparar a la que surge durante el proceso adolescente: «*La adolescencia siempre ha sido considerada como una crisis en la cual se juega el destino de la identidad adulta*» (Garbarino, M. y Maggi, 1. 1992, p.161). Nos detendremos en algunas de las características que manifiesta Edipo en relación con su mujer-madre, ancianos, el medio, etc., para conceptualizar las hipótesis acerca de la adolescencia y las crisis de esta etapa.

El carácter cuestionador y aventurero, la violencia y el ultraje, es clara marca e la juvenil insistencia por llegar a la verdad. Al huir de la casa de sus supuestos padres llega al triple camino: es una triple encrucijada. Debe resolver sobre quién es, cuál es su lugar

¹ Las ideas aquí expresadas surgen de un trabajo “Estructura neurótica y adolescencia”, de Mercedes Freire de Garbarino, presentado en las VIII Jornadas psicoanalíticas de A.P.U., Montevideo, setiembre de 1993 y publicadas en la edición de la Comisión de Publicaciones de A.P.U., Montevideo, Uruguay, agosto de 1993 (p. 123).

² Garbarino, Mercedes y Maggi, Irene, Estructura neurótica y adolescencia, La neurosis hoy, p. 123.

³ Garbarino, Mercedes y Maggi, Irene, Adolescencia y Adolescencia II, Edit. Roca Viva, Montevideo, 1990-92. El concepto de crisis durante la adolescencia es un concepto que se fue elaborando a lo largo de los capítulos de ambos libros.

en la genealogía familiar y su definitiva identidad sexual masculina. «*El contenido describe las peripecias de las crisis de adolescencia: dificultades de encontrarse a sí mismo, de encontrar un espacio propio*» (Garbarino, M. y Maggi, I., 1992, P. 50).

El coro de la tragedia ateniense no es un elemento accesorio y convencional, sino un elemento fundamental. Es un grupo de sujetos (entre quince y veinte personas), considerado como un personaje más de la obra. Representa un aspecto del poeta, sobre todo, su aspecto moral. Este personaje es concebido como híbrido, vale decir, sin sexo. ¿Tal vez un ente abstracto? ¿La cultura?

El coro oficia de entreacto, de descanso, donde se comenta y enjuicia la obra por parte del espectador; es también el intermediario entre la obra y el público, así como representante de la multitud y el pueblo⁴.

Es a este personaje que convoca Edipo para dialogar cuando se desesperan por no encontrar el medio para controlar la «peste» que azota a Tebas. «¿Cómo encontraremos las huellas de un antiguo crimen tan difícil de probar?». Sófocles se enfrenta con este tema y plantea la difícil cuestión de que las más elementales leyes de la naturaleza han sido infringidas sin conciencia de delito, pero éste es tan monstruoso que debe ser terriblemente castigado, pese a la ignorancia de quien lo cometió.

En este caso, la «peste» sería la consecuencia de la consumación del parricidio e incesto. ¿Por qué Edipo los lleva a cabo? En lo consciente, ignoraba que Layo era su padre y Yocasta su madre.

Es a través de la fuerza trágica, de la fantasía escenificada, que desde lo manifiesto intentaremos reconstruir lo latente.

Edipo no atina a encontrar los mecanismos para frenar la «peste». ¿Qué destino corre la represión? ¿Es que no está a su disposición? Recurre al coro y éste le contesta invocando a los dioses.

Marte, en las respuestas del coro, sería metáfora del Ello descarnado, refiriéndonos, fundamentalmente, a la presión invasora del Ello dentro del aparato psíquico; sin control suficiente del Super—yo («sin escudo ni bronce»). Se invoca a las fuerzas del Super-yo, y del Yo para proteger a la madre Diana. Entendemos que detrás estaría una convocatoria a la sociedad y a la cultura. El coro, ¿apuntala el aparato psíquico de

⁴ Francois, Enrique. El teatro de los griegos, Institución Mitre (p. 38).

Edipo, joven adolescente en proceso de crisis, con cambios en la estructuración psíquica definitiva y, por lo tanto, no teniendo mecanismos adecuados a su disposición, o por su identidad masculina marcada por la funesta maldición?

El interés en profundizar lo que transmite la tragedia sobre el joven Edipo y su adolescencia, surge de la importancia que para nosotras adquiere el conflicto edípico durante este proceso. A diferencia de cómo es transitado en estructuras neuróticas adultas, en este proceso tiene características específicas. En parte, por la continua reestructuración de sus sistemas de comunicación consigo mismo; por ejemplo con la familia y la sociedad. Nos cuestionamos sobre la violencia pulsional con que se vivencia la triangularidad, con mecanismos de defensa por momentos ineficaces. Creemos que así como en la tragedia el coro tiene una importancia fundamental, también la cultura y lo social adquieren un lugar de privilegio en el joven. Serían voces que desde afuera permiten al adolescente controlar sus impulsos, ya que les brindan la necesaria represión, mecanismo debilitado durante esta crisis, y así transitar este período.

Si nos atenemos a las modalidades de la tragedia, el relato acompañado del ritual, su acción corporal, podemos entender la importancia que adquiere el pasaje de esta tragedia a Edipo en Colono. Es claro el cambio de registro, la forma expresiva de los personajes señalando el pasaje de una etapa a otra: de la adolescencia a la senescencia. Hasta aquí hay un perpetuo cuestionarse, una acción en permanente cambio y un trágico desenlace.

Edipo viejo

Trasladarse de Edipo Rey a Edipo en Colono implica introducirnos en distintas variancias y transformaciones.

Cuando aparece en Colono, sostenido por su hija Antígona (su lazarillo o bastón, tal como lo predijera el oráculo de Delfos), apenas mantiene en su rostro un algo de su majestuosidad real y en sus manifestaciones, secuelas de su pasado narcisismo.

El hombre joven o adolescente de la tragedia anterior aparece absolutamente envejecido. Se trata de un ser que vivencia, actúa, piensa y exhibe en su psiquismo y en su cuerpo características de las fases y de las crisis de la tercera edad; develando descarnadamente, lo mejor y lo peor que ha acumulado durante su existencia. La vejez

de Edipo es, tanto desde la existencia como desde la masculinidad, compleja e infeliz.⁵,
6

Edipo muestra en su cuerpo el derrumbe de su potencia, virilidad y masculinidad, sin rastro de inquietudes sexuales. Paradójicamente, el personaje nuclear de la sexualidad aparece, desprovisto de impulsos sexuales y atestado de impulsos agresivos, cuestionadores y querellantes.

En los senectos, es observable el descontrol progresivo de la agresividad (auto y hetero), y la disminución de la potencia y el goce sexual. N.E. Zinberg y E. I. Kaufman, plantean que, si bien existe una ligazón entre la pulsión de vida y la de muerte, a través del envejecimiento se daría una desligazón paulatina entre las mismas y el componente agresivo terminaría predominando sobre el libidinal, produciéndose una atrofia de la sexualidad y el placer genital (Psicología normal de la vejez, 1987). La agresividad en estos casos, iría convirtiéndose en el subrogado de los deseos sexuales y de la sexualidad, tal como aparece, literalmente, en Edipo durante su estadía en Colono⁷.

A través de sus recuerdos muestra las resonancias de experiencias y vivencias infantiles expresadas mediante inculpaciones y reprobaciones como es típico escucharlas en hombres de edad avanzada. Dice Edipo, por ejemplo, refiriéndose a su padre: «Si a mi padre le enviaron los dioses un oráculo de que habría de morir a manos de sus hijos, con qué justicia podrás culparme a mí?» (Sófocles, Edipo Rey, p. 165).

Entre Edipo y sus cuatro hijos, Sófocles configura vínculos teñidos de clivajes o dependencia excesiva, habituales de crearse en la tercera edad. Sus hijas Antígona e Ismene, representan los objetos amados, buenos, gratificantes y sostenedores, descritas, por momentos, como prolongaciones narcisísticas con las cuales reedita, probablemente, vínculos tempranos y gratificantes. En las palabras que pronuncia el anciano Edipo hacia sus hijas se revelan sus sentimientos de desdicha, incompletud y vacío y la necesidad de preservar, exigir su proximidad: «¡Oh, dulcísimos pedazos de

⁵. En esta presentación se tomarán aspectos de la vejez y envejecimiento patológico.

⁶ Su vejez proporciona un retrato del lugar que ocupan socialmente algunos proyectos, y si bien se trata de una senectud enmarcada dentro de las particularidades de la cultura y sociedad de la Grecia antigua (diferenciable de la de otros períodos y regiones), refleja elementos contemporáneos. Es considerada como una etapa triste, maldita, despreciable, a la que también se le atribuye sabiduría, nobleza y virtud, siempre que se alcancen determinadas condiciones: los ancianos deben tener cultura, aristocracia y poder. A los senectos con escasas posibilidades se los erradica, excluye, expatría, o se los hace desfallecer y mendigar, quitándoseles, como a Edipo Rey, sus potencialidades gloriosas.

⁷ Determinadas ideas acerca de la relación entre la sexualidad y el envejecimiento se trataron en el trabajo (inérito) “La temporalidad en la situación analítica” (Médici, C. 1993).

mi alma!... ¡Oh, báculos de mi vejez!... Ya tengo mis prendas queridas. Con vosotras junto a mí, a ambos lados, injertaos en vuestro padre...» (p.171).

Sus hijos, Polinices y Eteocles, representan los objetos odiados, malos, frustrantes, perseguidores. Posiblemente, al recordar su juventud, su virilidad, su poder y sus grandezas perdidas, lo enfrentan a su narcisismo herido y reacciona contra ellos con conductas agresivas.

En los diálogos con sus hijos, aparecen los desencuentros y las aversiones. Sus palabras y los contenidos de sus frases encierran dinamismos proyectivos, retaliativos y repetitivos más sádicos que libidinales. En otros términos, enfrentado a sus varones, parece reeditar de un modo activo y agresivo las situaciones, los vínculos y el maltrato que, en su infancia vivenció y experimentó de un modo pasivo. Por ejemplo, los expulsa de la tierra que ahora lo alberga, tal como fue expulsado de Tebas al nacer y al envejecer: «¡Fuera de aquí! Ve maldecido por un padre que reniega de ti; ve, vil entre los viles...» le dice a Polinices (183).

Nuevamente, nos enfrentamos a otra maldición. Así como en el mito de Edipo conocimos la amago pronunciado contra Layo ahora es Edipo que, la formula contra su hijo.

Las otras temáticas de esta tragedia son la temporalidad, la transitoriedad del existir y la muerte.

El Coro parece ser la figura predilecta del poeta ateniense para seguir ilustrando aspectos del super—yo y del yo de los personajes, de una cultura y de un momento histórico. En tal sentido, habla del infortunio que significa no asumir el envejecimiento y la perentoriedad⁸.

Mientras Sófocles da elementos de la resonancia infeliz del pasaje de los años y la patología que entraña el desmentido de la misma, va aproximando a Edipo a la muerte, ubicando su última casa morada en un misterioso abismo. Un lugar que debe permanecer desconocido para todos, una tierra donde no será maltratado, odiado o

⁸ En esta época, la muerte era para los atenienses preferible al envejecimiento y a la vejez, y los literatos, al igual que los mitólogos mataban a los ancianos. G. Minois en "Historia de la vejez" (1987), comenta que los dioses olímpicos no querían a los viejos y la mitología da pruebas abundantes sobre el tema: los jóvenes se revelan contra los senectos, los expulsan o los matan. En todas las generaciones los provecos son destronados por sus hijos: la historia de Urano, castrado por su hijo Cronos, víctima a su vez de su hijo Zeus está entre los mitos mas conocidos y antiguos de la humanidad.

expulsado: «Dentro de pocos momentos, yo mismo, sin que nadie me lleve de la mano, saldré en busca del pasaje donde debo morir: jamás se lo descubras tú a mortal alguno ni le digas dónde queda escondido, ni en qué región está, pues el será un baluarte contra los vecinos inexpugnable...» (p. 187).

Edipo puede, cuando alcanza el final de su existencia, encontrar por sí mismo, sin ser dado, expulsado o guiado un lugar y un entorno protector⁹.

Bibliografía

1. **Garbarino M, Maggi I.** Estructura psicótica y crisis de la adolescencia, en *Adolescencia*, Edit. Roca Viva, Montevideo, Uruguay, 1992.
2. **Garbarino M, Maggi I.** Un aporte al narcisismo en la adolescencia, en *Adolescencia II*, Edit. Roca Viva, Montevideo, Uruguay, 1992.
3. **Grimal P.** Mitologías del Mediterráneo al Ganges, Edit. Planeta. Vol. 1, Barcelona, España, 1982.
4. **Kirk GS.** La naturaleza de los mitos de la antigua Mesopotamia, en *El Mito*, Edit. Paidós. Buenos Aires, Argentina, 1970.
5. **Sofocles.** Tragedias, Edipo rey, Edit. Perlado, Buenos Aires, Argentina, 1994.
6. **Sofocles.** Edipo rey y Edipo en Colono, Edit. Gráficas Urpesa, Madrid, España, 1972.

⁹ Parte de esta temática ha sido desarrollada en “Edipo: un personaje para la neurosis y para la vejez” (Médici, C., 1993), en “La neurosis hoy” A.P.U., Montevideo, Uruguay, RB Ediciones, 199.